

INDOCHINA Y NOSOTROS

LA PERDIDA de Indochina para Occidente podrá ser sólo de limitada importancia desde el punto de vista estratégico-militar. La retirada de los Estados Unidos de Viet Nam se basa sin duda en la convicción de que ése es precisamente el caso. Desde otros ángulos, en cambio, el acontecimiento asume perfiles profundamente inquietantes.

Está, por supuesto, la tragedia de las historias personales. En un marco de terror y desolación, innumerables hombres y mujeres, como anteayer en Hungría y ayer en Checoslovaquia, están hoy sufriendo la amargura de saberse peones sacrificados en una lucha entre gigantes. Pero no es eso de lo que ahora queremos hablar.

Queremos hablar de la debilidad del propósito norteamericano para detener el avance comunista en Indochina; y de la debilidad de propósito de todos los pueblos de Occidente para apoyar el esfuerzo de los Estados Unidos; y en contraste con todo ello, de la tremenda determinación del pueblo norvietnamita, que soportó cuanto fue preciso los bombardeos norteamericanos, sin traducir en su actitud la más ligera vacilación.

¡Qué diferencia —nos hemos dicho— en la intensidad de las motivaciones! ¡Y qué inútil el cuidado por mantener el equilibrio en los armamentos mientras persista semejante diferencia en la moral de las fuerzas en pugna!

Hemos recordado el pensamiento de Max Beloff: "los imperios no sucumben ante los bárbaros de allende las fronteras; mueren por la pérdida de fe en sus propios valores". Los comunistas de Indochina poseen, respecto de la burda utopía que los mueve, como bárbaros que son, la fe del carbonero. Y nosotros, los occidentales —ha proseguido nuestra atribulada reflexión— ¿qué papel venimos a desempeñar?

¿El de entregadores, por delicuescencia decadente, del inapreciable patrimonio que hemos heredado? ¿O será, tal vez, —hemos continuado inquiriendo— que los bárbaros han logrado barbarizarnos a tal punto que hemos dejado de creer en nuestros propios valores, sencillamente por incapacidad para comprenderlos?

¿No será por ello que vemos junto a nosotros experimentar desazón, y algo como vergüenza, cuando los bárbaros levantan banderas populares? Diríase que entre nosotros no se sabe que nuestro sistema —el sistema de la libertad— es el único que ha dado nivel de vida a los pueblos. Y que se ignora que no somos nosotros, sino ellos, quienes levantan muros almenados, y tienden alambradas de púas, para mantener en la servidumbre a hombres y mujeres del pueblo, que quieren ser libres.

Nuestra reflexión ha culminado en el propósito de redoblar esfuerzos en nuestra lucha. El desastre de Indochina nos ha aportado una intensa vivencia de la unidad del conflicto que divide al mundo. Cruento aquí y allá, incruento por el momento en otros lugares, la cuestión siempre es la misma: ¿Qué clase de ser es el hombre? ¿El depositario de un don maravilloso y único, llamado libertad? ¿O apenas un antropeide erguido a quien hay que planificarle la vida? La civilización de Occidente, ¿es un tesoro irremplazable acumulado mediante la capacidad creadora del hombre, en ejercicio de aquel don singular? ¿O apenas un sistema estructurado para perpetuar el privilegio, que es preciso arrasar y sustituir por un orden concebido por un comité de planificación?

Nosotros, —nos hemos dicho—, participamos en esa misma lucha. ¿Acaso no vemos a diario cuestionar y negar los valores fundamentales que ella pone en juego? Y el arma principal de Occidente, ¿no es y tiene que ser fatalmente la luz de la razón? Así, merced a la batalla perdida en Oriente, hemos visto nuestro papel en una guerra dilatadísima, en la que no cabe pensar en deponer las armas.

A través de los milenios, nos ha parecido oír el grito que, según narra Esquilo en Los Persas, lanzaba algún heleno a sus camaradas al tratarse la crucial batalla de Salamina:

¡Hoy combatís por todos vuestros bienes!